LA JAULA
DE ORO
JMMPEDRÓS

Autor: JMMPEDRÓS ®2026
Edición y maquetación propia
Todos los derechos reservados.
Esta obra está protegida por las leyes de Copyright y tratados internacionales.
Licencia: Creative Commons Atribución 4.0 Internacional (CC BY 4.0).
Esta obra puede compartirse, copiarse, redistribuirse y adaptarse para cualquier propósito,
siempre que se reconozca adecuadamente la autoría siguiendo
lo indicado en la licencia.
Autor:JMMPEDRÓS
Licencia completa:
https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/

Sinopsis

Armando es un hombre corriente.
Demasiado corriente.

Machista, cómodo en su mediocridad y acostumbrado a sobrevivir sin hacerse demasiadas preguntas, despierta un día en un mundo devastado por un Apocalipsis inexplicable. Los muertos caminan. Las ciudades han caído. Y, contra toda lógica, él parece ser el único superviviente.

Refugiado en un hipermercado abandonado, Armando construye un reino perfecto: comida, agua, rutinas, orden. Una jaula de oro donde el caos queda fuera y la soledad empieza a hacer ruido. A salvo del hambre y del frío, descubrirá que hay necesidades más difíciles de domesticar: el deseo, la culpa, la memoria y la necesidad de otro ser humano.

A medida que el mundo exterior se descompone, Armando también lo hace. Entre delirios, falsas certezas y una inquietante sensación de control, su lucha deja de ser contra los no-muertos y pasa a ser contra sí mismo. Porque sobrevivir no siempre significa seguir siendo humano.

La jaula de oro es una novela apocalíptica y psicológica que utiliza el género para hablar de la soledad, el poder, la identidad y los límites de la mente cuando ya no queda nadie mirando.

Tres finales posibles.
Un solo hombre.
Y una pregunta que persiste cuando todo ha terminado:

¿Qué queda de nosotros cuando desaparecen los demás?

Armando era comerciante de los de antes, de los que todavía creen que una puerta cerrada es solo una puerta que aún no ha sido bien molestada. Vendía de todo y de nada, según el día: paños milagrosos, cuchillos que prometían respeto, enciclopedias que nadie había pedido y que casi nadie abría. Su talento no estaba en el producto, sino en la insistencia, una cualidad que rozaba lo heroico o lo criminal, según quién escuchara.

Conducía su coche viejo —un modelo que ya no recordaba ni la casa que lo fabricó— por carreteras comarcales que parecían trazadas por alguien con rencor acumulado. Kilómetros y kilómetros de asfalto cansado, curvas sin motivo y pueblos que se anunciaban con carteles torcidos, como si también ellos estuvieran a punto de rendirse.

Armando era calvo sin dignidad, grueso sin excusa y estaba entrando, sin pedir permiso, en esa mediana edad peligrosa donde el cuerpo empieza a pasar facturas y uno hace como que no las ve. Fumaba más que un carretero en huelga, con el cigarro siempre pegado al labio, aunque ya no distinguiera bien si sabía a tabaco o a pura costumbre.

El interior del coche olía a sudor antiguo, a ropa usada dos días más de lo razonable, a cenicero lleno y a derrota leve. Una derrota diaria, de esas que no duelen lo suficiente como para cambiar nada. Armando bajaba la ventanilla solo cuando el calor se volvía insultante, y aun así el aire no mejoraba mucho la situación: la piel de toro también sudaba aquel día.

Conducía sin música. No por reflexión, sino porque la radio llevaba años sin funcionar y él nunca había tenido tiempo —ni verdadero interés— en arreglarla. Pensaba mientras conducía. O más bien dejaba que los pensamientos circularan solos, como los pueblos que dejaba atrás sin entrar.

No tenía prisa.
Tampoco tenía destino claro.
Solo una ruta aprendida a golpes de experiencia y una vaga idea de que, en algún punto, alguien acabaría abriendo una puerta.

El coche siguió avanzando.

Armando se fue un par de segundos.

No más. Lo justo para que la carretera siguiera recta sin que él estuviera del todo allí.

El cuerpo, traicionero y antiguo, le recordó cosas que llevaba tiempo archivando bajo la etiqueta de ya no toca. La convivencia larga, la rutina, los cuatro hijos creciendo como maleza bien regada… todo eso había ido dejando la intimidad en un cajón que casi no se abría. No por falta de ganas, sino por cansancio acumulado.

Sabía dónde estaba.
El contador de kilómetros del coche —optimista como siempre— le decía que quedaba poco para el desvío de la autovía. Ese desvío concreto. El que no aparecía en ninguna agenda, pero sí en su memoria muscular.

Armando ajustó la postura en el asiento, más por incomodidad que por otra cosa, y dejó que el recuerdo hiciera su trabajo. La última vez. El lugar. La mujer a la que allí llamaban María, apodada con una familiaridad que solo se gana a base de repetición. No era joven. Nunca lo había sido mientras él la conoció. Pero tenía oficio, presencia y una manera de escuchar que Armando confundía —a propósito— con interés.

Comparaciones inevitables le cruzaron la cabeza. No eran justas. No lo sabían nunca. Pero aparecieron igual, rápidas, sucias, y se fueron sin pedir disculpas.

El coche siguió rodando.
El cigarro se consumió solo.
Armando volvió a la carretera como quien regresa a una conversación incómoda.

A lo lejos, todavía invisible, le esperaba una decisión que ya había tomado muchas veces, y que cada vez fingía no reconocer hasta el último momento.

Pero eso…
eso viene después.

Armando se evade.
No es una fantasía elaborada ni romántica, es algo más bajo, más primario, más suyo. El cuerpo tira por donde siempre ha tirado, y la entrepierna reclama

lo que en casa hace tiempo que no encuentra. No amor, no ternura: descarga. Silencio después.

Cuatro hijos, una mujer cansada y él mismo gastado como el tapizado del asiento. No hay drama ahí, solo hechos. La vida se fue organizando sola y el deseo quedó arrinconado, convertido en molestia recurrente.

Sabe perfectamente dónde está.
No necesita señales. Cuenta los kilómetros casi sin mirar, como quien se acerca a un hábito antiguo. El desvío de la autovía está cerca. Demasiado cerca como para fingir sorpresa.

Se toca. Sin épica. Sin urgencia adolescente. Es un gesto automático, breve, más mental que físico, acompañado del recuerdo de María. La llaman la cachonda con esa mezcla de burla y respeto que solo aparece cuando alguien cumple bien su función. No es joven. Nunca lo fue en el tiempo de Armando. Pero tiene carne, oficio y una manera de manejar los tiempos que a él le desarma.

Piensa —sin orgullo, sin culpa— que su mujer jamás tuvo esas artes. Ni falta que hizo durante años. Pero ahora… ahora la comparación aparece sola, como aparece el sudor o el cansancio.

El coche avanza.
El cigarro cae al cenicero.
Armando aprieta el volante un poco más de la cuenta.

No se dice que no debería.
No se dice que es la última vez.
Eso ya lo ha pensado otras veces.

Solo conduce hacia un sitio que conoce demasiado bien.

La lluvia empezó fina, casi educada, de esas que no parecen capaces de calar… hasta que lo hacen. Armando condujo encorvado sobre el volante, con los hombros cerrados, mientras los limpiaparabrisas marcaban un ritmo cansado, irregular, como si también ellos llevaran demasiados kilómetros encima.

La autovía estaba desierta.

Nada que le inquietara: era madrugada, entre semana, frío del que se mete en los huesos. A esas horas la gente decente dormía, y los que no, solían hacerlo en otros tramos, no allí.

Aun así, algo empezó a chirriar.

Vio el primer coche en la cuneta sin luces, mal colocado, como si lo hubieran dejado caer. Luego otro, unos cientos de metros más adelante. Ninguno parecía recién accidentado: no había cristales, ni restos, ni señales de auxilio. Solo vehículos quietos, apagados, fuera de lugar.

Armando aflojó el gas.

No por solidaridad, sino por instinto.

Miró a un lado y a otro buscando movimiento, una silueta, un gesto que pidiera ayuda. Nada. La lluvia seguía cayendo y la noche lo tragaba todo con paciencia. Pensó en averías, en abandonos, en gente que se habría ido a buscar cobertura o un café caliente. Explicaciones razonables. Necesarias.

El volante estaba frío bajo sus manos húmedas.

Encendió otro cigarro sin darse cuenta.

Cuando las luces del club aparecieron a lo lejos, no sintió alivio, sino algo parecido a una tensión mal colocada. El neón parpadeaba con desgana, como si dudara de su propia utilidad. El aparcamiento estaba medio vacío, más de lo habitual para esa hora, incluso para un día cualquiera.

Redujo la marcha al entrar.

Miró alrededor otra vez.

El club seguía ahí.

El sitio también.

Pero el camino hasta él había dejado una sensación incómoda, como cuando llegas a un lugar conocido y notas que algo ha cambiado, aunque no sepas decir qué.

Armando aparcó.

Y apagó el motor.

El club estaba donde siempre.

A un lado de la autovía, ligeramente apartado, como si no quisiera llamar la atención de quien no supiera ya que existía. Un edificio bajo, alargado, sin arquitectura ni intención estética. Fachada oscura, desconchada en algunos puntos, con manchas antiguas de humedad que nadie había intentado disimular.

El rótulo de neón funcionaba a medias. Algunas letras se encendían con retraso, otras parpadeaban sin convicción. No anunciaba nada concreto: solo un nombre que prometía más de lo que el lugar podía dar. Bajo el letrero, la entrada principal, una puerta metálica pintada de negro, rayada, con restos de pegatinas arrancadas a medias.

El aparcamiento estaba medio vacío. Demasiado ordenado para un sitio así. Coches separados, ninguno reciente. Vehículos cansados, como el suyo. En un extremo, un contenedor de basura con la tapa mal cerrada; el suelo alrededor húmedo, brillante por la lluvia y por algo más viejo.

No había música fuera.

Tampoco voces.

Solo el sonido distante del tráfico que no pasaba y el goteo constante desde una canaleta rota.

Una farola iluminaba la entrada con una luz blanca y dura, suficiente para ver sin crear ambiente. El club no intentaba seducir desde fuera. Nunca lo había hecho. Estaba ahí para quien ya había decidido entrar.

Armando permaneció sentado un momento más dentro del coche, mirando el edificio sin mirarlo del todo. No sintió expectativa. Tampoco culpa. Solo esa sensación conocida de estar cumpliendo un trámite.

Abrió la puerta.

Armando cerró la puerta del coche y el golpe sonó demasiado fuerte en aquel silencio.

Avanzó despacio, del vehículo a la entrada del club, y entonces empezó a ver.

La decadencia ya no era solo dejadez. Había basura esparcida sin orden: bolsas abiertas, restos de comida, botellas aplastadas. Sillas volcadas, algunas rotas, como si nadie se hubiera molestado en recolocarlas. Aquello no era el desorden habitual de un local cansado; era otra cosa. Algo posterior.

Dio un par de pasos más y se detuvo.

Las manchas estaban ahí.
En el suelo primero. Oscuras, irregulares, mal disimuladas por la lluvia. Luego en la pared, a la altura del hombro, como si alguien hubiera apoyado el cuerpo con demasiada prisa… o con demasiada debilidad.

Armando sintió el escalofrío subirle por la espalda, lento, desagradable. El estómago se le encogió sin pedir permiso. Aquello no era una pelea de borrachos ni un accidente tonto. Nada bueno, pensó, y no le hizo falta concretar.

A partir de ese momento, sus movimientos cambiaron.
Pisó con cuidado. Miró antes de avanzar. El cigarro se le apagó entre los dedos sin que se diera cuenta. La luz de las farolas apenas alcanzaba para distinguir formas, sombras que parecían moverse cuando en realidad era solo el miedo haciendo su trabajo.

—¿Hola? —dijo, con una voz que no le sonó suya.

No obtuvo respuesta.
Repitió la llamada, un poco más alta, sin mucha convicción.

Entonces lo oyó.

Un sonido bajo, arrastrado.
Como de pies que no se levantan del todo.
Lento. Cercano.

Armando se quedó quieto.

El corazón empezó a golpearle en el pecho con torpeza, como si tampoco supiera muy bien qué hacer. Tragó saliva.

—¿Hay alguien ahí? —preguntó.

El sonido volvió a escucharse, más claro ahora.
Alguien… o algo… se estaba moviendo.

Y, por primera vez desde que había aparcado, Armando entendió que quizá no debería haber salido del coche.

Armando no avanzó.
Tampoco retrocedió.

Entrecerró los ojos, intentando forzar a la vista a hacer algo más de lo que la luz permitía. La figura —si es que era una figura— estaba a medio camino entre dos farolas, justo donde la iluminación se volvía inútil. No se distinguía bien si era alguien erguido o algo encorvado. Solo movimiento. Lento. Arrastrado.

Pensó en María.

No porque fuera lógico, sino porque era lo único que encajaba sin romperle del todo los nervios. Horas antes le había mandado el mensaje. Corto, práctico. “Llego de madrugada”. Ella había contestado con uno de esos audios breves, voz cansada pero reconocible. Aquí estaré, había dicho. Nada más.

—¿María…? —probó, casi en un susurro.

El sonido de los pies volvió.
Más cerca.
Desacompasado.

Armando sintió cómo el pulso se le subía a la garganta. No gritó. No volvió a llamar. Se dijo que si era ella estaría igual de cansada, igual de jodida por la noche, la lluvia, el frío. Quizá herida. Quizá borracha. Cualquier cosa era mejor que pensar en otra opción.

Pero algo no cuadraba.

María caminaba mal, sí. Tenía una pierna que arrastraba cuando estaba agotada. Él lo sabía. La había visto mil veces cruzar el pasillo del club al final de la noche. Pero aquello… aquello era distinto. No había prisa. No había reconocimiento. No había esa mínima reacción que uno espera cuando alguien dice tu nombre.

—Soy yo —dijo Armando, forzando un poco más la voz—. Armando.

Silencio.
Luego, un ruido húmedo, como de ropa rozando el suelo.

El aire le olió raro.
No supo decir a qué.

La silueta dio un paso más y salió un poco de la sombra. No lo suficiente para verla bien, pero sí para confirmar que no estaba bien. Algo colgaba de un brazo o de la ropa. El cuerpo parecía vencido hacia delante, como si la cabeza pesara demasiado.

Armando dio medio paso atrás sin querer.
El asfalto estaba resbaladizo.

Quiso convencerse de que, en cuanto la farola la iluminara del todo, todo tendría explicación. Un susto, una pelea, un mal rato. Algo feo, pero comprensible. Algo que se pudiera nombrar.

Pero la figura no terminaba de entrar en la luz.

Seguía avanzando, arrastrando los pies, sin responder, como si no acabara de entender dónde estaba… ni quién era él.

Armando notó que las manos le temblaban.
Esta vez, no por deseo.

Armando dio un paso al frente.

Cuando la figura entró por fin en el cono de luz de la farola, el mundo tardó un segundo de más en recolocarse. Ese segundo fue crucial. Porque lo que vio se parecía demasiado a lo que esperaba.

Era María.
O lo había sido.

La reconoció por el pelo ralo pegado a la cara, por la ropa de trabajo que tantas veces había visto doblada sobre una silla, por la forma torcida del cuerpo. Incluso por la pierna mala, esa que siempre arrastraba cuando estaba cansada. Todo estaba ahí. Todo… menos lo esencial.

—María… —dijo, y esta vez la voz le salió con algo parecido a alivio.

Avanzó.
Sonrió incluso, una sonrisa estúpida, automática, de esas que salen cuando uno cree haber exagerado el miedo. Pensó en disculparse. Pensó que quizá había pasado algo grave y ella necesitaba ayuda. Pensó, incluso, en abrazarla.

No vio los ojos hasta que estuvo demasiado cerca.

No lo miraban.
No lo reconocían.
No había rastro de cansancio ni de oficio ni de esa ironía seca que tanto le tranquilizaba. Eran ojos vacíos, húmedos, abiertos de más, moviéndose con una lentitud ajena, como si buscaran algo que no era él… hasta que lo fue.

María levantó la cabeza de golpe.

El sonido que salió de su garganta no fue una palabra.
Fue una necesidad.

Armando se quedó clavado, incapaz de retroceder, mientras ella daba un paso torpe hacia él. La boca se abrió mostrando dientes manchados, torcidos, trabajando ya antes de tocar nada. No había deseo. No había rabia. Solo hambre. Un hambre sin nombre ni límite.

—María… para… —alcanzó a decir.

Ella se lanzó.

No con fuerza, sino con torpeza, agarrándolo de la chaqueta con manos frías, demasiado fuertes para su aspecto. El aliento le golpeó la cara, ácido, muerto. María no buscó besos ni caricias. Buscó carne. Tiró de él hacia abajo, hacia el suelo, hacia donde pudiera morder mejor.

Ahí, por fin, Armando entendió.
No estaba enferma.
No estaba borracha.
No estaba viva.

Y el aparcamiento, los coches abandonados, la sangre…
todo encajó demasiado tarde.

Armando reaccionó sin pensar.

Empujó, golpeó, se revolvió como pudo hasta que aquella piltrafa que había sido María cayó al suelo con un sonido blando, definitivo. No miró atrás. No quiso comprobar nada. Su cuerpo ya había decidido por él: correr.

No tuvo tiempo de entender.
Solo de actuar.

Desde las sombras empezaron a salir más. Primero una, luego dos, luego demasiadas. Siluetas torcidas, pasos arrastrados, cuerpos mal recompuestos. A algunas las reconoció al instante: caras vistas mil veces bajo luces artificiales, risas gastadas, nombres falsos. Otras no le dijeron nada. Nunca las había visto, o no las habría recordado en condiciones normales.

Ahora todas eran lo mismo.

Gruñían.
Avanzaban.
Se acercaban.

Armando giró sobre sí mismo buscando una salida que no existía y entonces vio el coche. No lo pensó. Corrió hacia él con una torpeza desesperada,

resbalando en el asfalto mojado, oyendo ya demasiado cerca ese sonido bajo, animal, sin palabras.

Cerró la puerta de un portazo justo cuando las primeras manos golpearon la carrocería.

No pensaban.
No calculaban.
Solo empujaban, arañaban, golpeaban con una insistencia absurda, mecánica. Las uñas sonaban contra el metal como lluvia gruesa. Los cuerpos se acumulaban por pura inercia.

—No, no, no… —murmuró Armando, sin saber a quién se dirigía.

Buscó las llaves.
No estaban.

El pánico le nubló la vista. Las manos le temblaban tanto que casi no se reconocían. Golpes por todos lados. El coche balanceándose ligeramente bajo el peso muerto de la turba. Entonces las encontró, en el bolsillo equivocado, y las sacó como si fueran un talismán.

Contacto.
Un segundo eterno.
El motor respondió.

Arrancó con violencia, sin mirar, sin calcular. El coche derrapó, avanzó a trompicones y arrolló lo que tenía delante. El sonido fue horrible. Seco. Irreal. Algo entre chocar contra sacos húmedos y romper muebles viejos. Armando gritó, no de asco, sino de puro pánico, mientras pisaba el acelerador hasta el fondo.

Consiguió salir.
Atravesó el aparcamiento.
Enfiló la salida.

Cuando alcanzó la autovía, no sintió alivio.

De los márgenes, de los enlaces, de las sombras entre las señales, empezaron a surgir más figuras. Decenas. Caminando hacia la calzada con el mismo gruñido, el mismo ritmo torpe, la misma hambre sin pensamiento.

Encendió la radio.

Nada.
Solo interferencias.
El chirrido de las emisoras mezclándose con los latidos salvajes de su corazón.

No pensó en su mujer.
No pensó en sus hijos.
No pensó en nadie.

En ese momento, Armando solo quería una cosa:
huir.

Salvar el pellejo.
Seguir conduciendo.
Que la carretera no se acabara nunca.

Armando condujo sin rumbo durante un tiempo que no supo medir. Kilómetros tragados por inercia, manos rígidas en el volante, la vista fija en una carretera que ya no significaba nada. Huir era lo único claro. Lo demás, ruido.

Hasta que pensó.

No fue una revelación brillante, sino una de esas ideas prácticas que llegan cuando el miedo se estabiliza un poco. Gasolina, comida, refugio. Todo eso no estaba en mitad de la nada. Estaba en la ciudad. Siempre lo había estado.

Giró hacia ella.

A medida que se acercaba, el paisaje empezó a cambiar. Primero fueron los accesos: señales torcidas, paneles electrónicos apagados, coches detenidos en posiciones absurdas, como si alguien los hubiera abandonado a mitad de una frase. Luego, el contorno urbano apareció en la distancia.

Y algo no encajó.

La ciudad no brillaba.
No respiraba.
No emitía ese fondo constante de luz y movimiento que siempre había estado ahí.

Parecía golpeada.

Edificios ennegrecidos, algunos con las fachadas abiertas como heridas secas. Ventanas reventadas en manzanas enteras. Columnas de humo elevándose despacio, sin urgencia, como restos de un incendio que ya no importaba apagar. El silencio era tan espeso que incluso el motor del coche sonaba fuera de lugar.

Armando redujo la velocidad.

Las calles de entrada estaban bloqueadas por vehículos abandonados, algunos chocados entre sí, otros simplemente detenidos, con las puertas abiertas. Semáforos colgando, farolas caídas, papeles y plásticos arrastrados por el viento como animales pequeños sin destino.

Todo tenía el aspecto de después.

Después de una explosión.
Después de una evacuación imposible.
Después de algo demasiado grande para entenderlo.

Durante unos segundos —quizá minutos— Armando pensó que estaba soñando. Un sueño malo, de esos que mezclan recuerdos con miedos. Se pellizcó el muslo sin darse cuenta. No pasó nada. El volante seguía frío. El ruido del motor seguía ahí.

No despertó.

Entró en la ciudad.

Cada calle confirmaba lo mismo: escaparates destrozados, persianas a medio bajar, restos de mercancía tirados sin orden. No había sirenas. No había

gritos. No había vida normal escondida esperando volver. Solo una quietud antinatural, como si alguien hubiera apagado el mundo a medias.

Armando tragó saliva.

Esto no era una pesadilla privada.
No era un brote.
No era un mal viaje.

Era real.

Y por primera vez desde que había huido del club, entendió algo con claridad brutal:
no había ningún lugar al que volver.

La ciudad no era refugio.
Era el escenario.

Y él estaba dentro.

Armando no entró en la ciudad.

Bastó con asomarse a sus límites para entender que aquello era un error irreversible. En las avenidas principales, entre los edificios mutilados, se movían demasiadas sombras. No corrían. No gritaban. Simplemente estaban. Y eran muchas.

Giró el volante y se mantuvo en el extrarradio, en esa franja sin identidad donde la ciudad se diluye en polígonos industriales, rotondas absurdas y naves abandonadas. Allí el silencio era menos denso. Allí las cosas parecían, al menos, manejables.

Aparcó cerca de una gasolinera vacía.
Apagó el motor.
Escuchó.

Nada. Solo viento y algún golpe lejano.

Por primera vez desde el club, tuvo tiempo para pensar.

¿Por qué a mí?

La pregunta no tenía respuesta, pero apareció igual, como una punzada. Miró sus manos sobre el volante. Eran las mismas de siempre: gruesas, torpes, reales. No estaba soñando. No estaba muerto. Estaba vivo.

¿Y los demás?

La mente empezó a fabricar explicaciones, porque el caos sin explicación era insoportable. Pensó en accidentes, en experimentos, en laboratorios que juegan a ser dioses. En productos químicos liberados por error. En castigos colectivos. En culpas que nadie quería asumir.

Nada encajaba del todo.

Recordó, de repente, un hipermercado no muy lejos. Uno de esos gigantes de hormigón que siempre había despreciado por impersonales, pero que ahora se le antojaban como un tesoro. Comida. Agua. Herramientas. Techo.

Pero no se movió todavía.

Algo más pesado que el miedo le cayó encima.

El silencio humano.

No había llamadas.
No había voces.
No había señales de nadie.

Solo él.

Armando sintió una incomodidad nueva, distinta a todo lo anterior. No era terror. No era deseo. Era otra cosa. Una sensación incómoda, casi ofensiva.

¿Y si soy el único?

La idea no le produjo alivio, sino vértigo. Ser el último no era un privilegio. Era una condena. Pensó en su mujer, en sus hijos, en las discusiones, en las

rutinas que tanto había despreciado. Por primera vez, no los recordó con fastidio, sino como algo… real.

Tragó saliva.

No estaba preparado para ser el único.

Aún no.

Armando se decidió.

El hipermercado estaba ahí, enorme, gris, inmóvil, a unos ciento cincuenta metros. Demasiado cerca como para ignorarlo, demasiado lejos como para no pensarlo dos veces. Aparcó el coche en diagonal, listo para huir si algo salía mal, y entonces recordó.

El bate.

Abrió el maletero con manos torpes y lo vio al fondo, donde siempre. De madera oscura, gastado, con marcas que no eran solo del tiempo. Aquel bate le había sacado de más de un apuro en carreteras secundarias, discusiones mal llevadas, noches que se torcieron. No era un arma elegante, pero era contundente. Y era suyo.

Lo empuñó.
Pesaba lo justo.
Le dio una mínima seguridad.

Cerró el maletero con cuidado y levantó la vista.

Los vio entonces.

Tres. Quizá cuatro.
Zombis.

Estaban dispersos por el aparcamiento, pero su llegada había sido suficiente para alertarlos. Giraron la cabeza al unísono, como si alguien hubiera dado una orden silenciosa. Empezaron a avanzar. Torpes. Lentos. Arrastrando los pies.

Armando hizo un cálculo rápido, instintivo.
Eran pocos.
El hipermercado estaba cerca.

No pensó más.

Caminó hacia ellos con el bate en ristre, sintiendo cómo el corazón se le salía del pecho. La valentía que mostró no fue heroica, fue desesperada, y aun así le sorprendió a él mismo. Cuando el primero estuvo a su alcance, levantó el bate y golpeó.

El cráneo cedió con una facilidad que no esperaba.

No hubo lucha.
No hubo resistencia real.
Solo un cuerpo que cayó al suelo como un saco mal lleno.

Armando retrocedió un paso, incrédulo. El segundo llegó y volvió a golpear. El sonido fue seco, definitivo. El tercero tardó un poco más, pero tampoco aprendió nada del destino de los otros.

Eran torpes.
Caminaban como a cámara lenta.
Pero no se detenían.

No había miedo en ellos.
Ni dolor.
Solo una insistencia absurda.

Cuando uno cayó, los otros desviaron su atención. Se inclinaron sobre el cuerpo, comenzaron a morderlo, a desgarrarlo con una dedicación enfermiza. Armando lo entendió al instante: no pensaban, reaccionaban. Y eso le dio ventaja.

Aprovechó esos segundos. Golpeó de nuevo. Y otra vez.

Cuando el último cayó, no se quedó mirando. Respiraba a trompicones, el bate temblándole en las manos, el estómago revuelto. Pero estaba vivo.

Y lo sabía.

Se dio cuenta entonces de algo inquietante:
matar no había sido lo peor.
Lo peor había sido lo fácil que había resultado.

Sin perder más tiempo, corrió hacia la entrada del hipermercado.

El mundo había cambiado.
Y Armando empezaba, sin quererlo, a aprender las reglas.

El hipermercado estaba cerrado a cal y canto.

Puertas metálicas bajadas hasta el suelo, gruesas, sin holguras. Cristales blindados en los accesos laterales. Ninguna entrada fácil. Ningún descuido que aprovechar a simple vista. Aquello no estaba preparado para clientes… sino para resistir.

Armando rodeó el edificio despacio, con el bate apoyado en el hombro. No vio coches recientes, ni luces, ni señales de vida normal. Solo hormigón, acero y ese silencio artificial que tienen los sitios grandes cuando están vacíos.

Entonces lo oyó.

Un golpe seco, desde dentro.
Luego otro.
Y un gruñido.

Se detuvo en seco.

No venía de fuera. No era eco. Era claro, amortiguado por las paredes, pero constante. Algo golpeaba desde el interior, con insistencia torpe, como si no supiera exactamente qué estaba tocando, solo que debía seguir haciéndolo.

Armando apretó la mandíbula.

Lo entendió casi de inmediato, sin necesidad de verlo. Conocía ese hipermercado. Había entrado mil veces por su trabajo. Sabía que, de noche,

cuando no había clientes, siempre había gente dentro. Seguridad. Limpieza. Reposición. Turnos invisibles.

Tragó saliva.

Lo que fuera que había pasado no había respetado horarios.
Ni uniformes.
Ni rutinas.

Se acercó a una de las puertas y apoyó la frente un segundo contra el metal frío. Escuchó mejor. Los golpes eran lentos, desacompasados. No había coordinación. No había intención clara. Solo presencia.

Dentro había zombis.
Y no pocos.

Se separó de la puerta y miró alrededor: aparcamiento abierto, sombras largas, el bate aún manchado. Pensó en el agua que le quedaba. En la gasolina. En los días que vendrían.

No entrar significaba esperar.
Y esperar significaba hambre, sed… o que tarde o temprano algo saliera de la ciudad y lo encontrara.

Entrar significaba otra cosa.

Pelear en un espacio cerrado.
Con pasillos.
Con esquinas.
Con enemigos que no se cansan.

Armando respiró hondo.

No había una buena opción.
Solo había opciones.

Por primera vez desde que todo empezó, no se movió por impulso. Se quedó allí, quieto, sopesando. No como un héroe. Como un hombre al que se le acaban las excusas.

Entrar…
o morir poco a poco.

El hipermercado volvió a golpear desde dentro.

Como si respondiera a su duda.

Armando seguía allí.

El hipermercado no se había movido.
Los golpes desde dentro tampoco.

La noche había empezado a clarear apenas, lo justo para que el mundo tuviera color otra vez. Un amanecer sucio, grisáceo, sin promesas. El tipo de luz que no trae esperanza, solo más detalle.

Los gruñidos seguían. Espaciados. Persistentes.
Como si dentro no existiera el tiempo.

Armando apoyó el bate en el suelo y se pasó la mano por la cara. Estaba empapado de sudor frío, con la ropa pegajosa y el cuerpo dolorido como si hubiera envejecido diez años en una noche. Pensó en sentarse. Pensó en encender un cigarro. Pensó en mil tonterías que no llevaban a nada.

Luego pensó en el agua.

Abrió el coche y revisó lo que le quedaba. Poco. Insuficiente para aguantar ni dos días con suerte. Miró el edificio otra vez. Tan grande. Tan lleno de cosas que ahora valían más que el dinero.

—No es valentía —murmuró—. Es necesidad.

El bate volvió a su mano.

Caminó despacio por el perímetro, esta vez con más atención. No buscando una entrada milagrosa, sino entendiendo el sitio. Muelles de carga. Puertas de servicio. Zonas que nunca veían los clientes. Lugares pensados para entrar y salir sin ser vistos.

Los golpes desde dentro parecían responderle, como si lo notaran moverse. No se aceleraban. No se organizaban. Seguían igual. Torpes. Incansables.

Armando se detuvo junto a una de las paredes traseras, donde el hormigón estaba manchado de aceite viejo y suciedad acumulada. Allí, recordó, descargaban camiones de madrugada. Allí había visto puertas abrirse sin ruido, gente entrar con chalecos reflectantes, invisibles para el mundo.

Apoyó la oreja.

Un gruñido sonó más cerca.
Demasiado cerca.

Sonrió sin alegría.

No era el único allí dentro.
Y no lo sería nunca más.

Apretó el bate con ambas manos. Notó las ampollas formándose, el pulso firme a base de cansancio. No se sentía fuerte. Se sentía decidido, que no es lo mismo.

Entrar significaba limpiar.
Salir significaba vivir un poco más.

Y por primera vez desde que todo empezó, Armando no se preguntó si estaba bien o mal.
Solo qué iba a hacer primero cuando cruzara esa puerta.

El hipermercado volvió a golpear.

Esta vez, Armando no retrocedió.

El sonido llegó primero.

No era un gruñido aislado ni el arrastre torpe de unos pocos. Era otra cosa. Un rugido colectivo, profundo, irregular, como un enjambre enorme avanzando sin prisa pero sin pausa. A Armando le recordó, sin saber muy bien por qué, a

una marabunta de langostas devorando un campo entero. No se veía aún, pero estaba ahí. Y se acercaba.

No quedaba mucho tiempo.
Eso lo supo sin necesidad de calcularlo.

Golpeó una de las rejas con el bate, más por rabia que por esperanza. El metal respondió con un eco hueco, intacto. Aquello no iba a ceder. No hoy. No con él solo. Sintió cómo el pánico le subía desde el estómago, rápido, traicionero.

—Joder… joder… —masculló.

Empezó a rodear el edificio casi corriendo, pegado a la pared, mirando cada puerta, cada esquina, cada sombra. Los gruñidos desde dentro seguían, pero ahora competían con ese otro sonido, lejano pero creciente, como un oleaje sucio.

Una puerta de emergencia: cerrada.
Otra más pequeña: soldada.
Un acceso lateral: bloqueado por dentro.

El corazón le martilleaba las sienes. La respiración se le desordenó. Por un momento entró en un bucle absurdo: volver al coche, huir otra vez, seguir gastando gasolina hasta que se acabara todo. Pero sabía que no servía. La marabunta no se cansa. El hambre no negocia.

Siguió rodeando.
Más deprisa.
Más desesperado.

Miraba el edificio como si pudiera convencerlo de que se abriera. Buscaba un fallo humano: una puerta mal cerrada, una rejilla floja, un descuido de rutina. Algo. Cualquier cosa.

El rugido aumentó.

Ya no era solo sonido: era presencia. Vibraba en el aire, en el pecho, en los huesos. Armando se giró un instante y creyó ver movimiento a lo lejos, sombras compactándose, una masa que avanzaba sin forma definida.

—Vamos… vamos… —susurró, casi suplicando.

No tenía más remedio que intentarlo.
No había plan B.
O entraba…
o moría allí mismo, rodeado, devorado sin haber entendido nada.

Siguió corriendo bordeando el hipermercado, con el bate golpeándole el muslo, el sudor nublándole los ojos y la certeza brutal de que el mundo no le iba a dar tregua.

Y entonces vio algo.

No sabía aún si era salvación…
o solo otra forma de retrasar lo inevitable.

La vio de golpe.
Una escalera de incendios metálica, anclada a la pared trasera del hipermercado. Vieja, oxidada, de las que empiezan demasiado arriba para evitar curiosos: el primer tramo colgaba a casi tres metros del suelo, sujeto por un gancho grueso que, al liberarse, dejaba caer los eslabones necesarios para subir.
Armando sintió una sacudida de esperanza… que duró poco.
Saltó.
Una vez.
Dos.
Tres.
Daba botes ridículos, desesperados, como un mal jugador de básquet en una pachanga de barrio. Ni era alto, ni ligero, ni joven. El gancho seguía fuera de su alcance. El aire le quemaba los pulmones y el rugido de la marabunta ya no era lejano: se acercaba.
—Joder… piensa… —se dijo a sí mismo.
Y entonces, en medio del pánico, llegó la lucidez.
El coche.

Giró sobre sí mismo y corrió hacia él, lo arrancó de golpe y lo colocó justo debajo de la escalera, sin preocuparse de alinearlo bien. Frenó en seco, se subió al capó y luego al techo, notando cómo la chapa crujía bajo su peso.

No miró atrás.

Saltó.

Esta vez, los dedos rozaron el metal.

En el segundo intento, agarró el gancho.

Tiró con todas sus fuerzas.

El mecanismo cedió con un chirrido áspero y los eslabones de la escalera cayeron de golpe, golpeando la pared con un ruido seco que le heló la sangre. No había tiempo para pensar si había alertado a algo más.

Subió.

Rápido, torpe, golpeándose las espinillas, pero subió. Cuando alcanzó el tejado, no se detuvo. Se giró de inmediato y, colgado aún de la escalera, volvió a tirar del eslabón, subiéndolo hasta dejarlo otra vez fuera del alcance del suelo.

Abajo, ya se veían sombras.

Manos torpes golpeaban el coche.

Cuerpos chocaban entre sí.

Armando se dejó caer sobre el tejado, boca arriba, respirando como si acabara de salir del agua. El corazón parecía querer romperle el pecho. Cerró los ojos un segundo. Solo uno.

Luego se incorporó.

Desde arriba, el mundo parecía distinto. Más pequeño. Más lejano. La marabunta se acumulaba abajo, chocando contra el coche, contra la pared, contra sí misma. Ninguno levantó la vista. Ninguno pensó en subir. Esperanza mínima, pero suficiente.

Armando se levantó despacio y empezó a inspeccionar el terrado.

Respiraderos.

Claraboyas.

Salidas técnicas.

No estaba a salvo.

Pero estaba vivo.

Y por primera vez desde que todo empezó, no había llegado allí huyendo, sino pensando.

El mundo seguía roto.

Pero Armando había ganado unos minutos.

Y ahora, esos minutos podían significar todo.

Armando recorrió el terrado con pasos cortos, medidos, como si el suelo pudiera fallar en cualquier momento. Abajo, la muchedumbre de piltrafas seguía su propio curso, chocando unas con otras, insistiendo contra el coche y la pared sin aprender nada. El ruido subía como un murmullo continuo, un fondo permanente que no dejaba pensar del todo.

Levantó la vista.

Claraboyas.

Varias, bien repartidas, pensadas para dejar entrar la luz natural al interior del hipermercado. Se acercó a la más cercana y apoyó la mano. El material era translúcido, sucio por años de polvo, pero duro. Plástico industrial. No cristal.

Probó con una patada.

Nada.

Otra más fuerte. El impacto le recorrió la pierna hasta la cadera. La claraboya vibró apenas, como burlándose. Armando retrocedió maldiciendo, se sacudió el pie dolorido y volvió a intentarlo desde otro ángulo. El resultado fue el mismo.

—Joder… —susurró, sin aire ya para gritar.

Necesitaba algo más pesado. Algo que concentrara fuerza. Miró alrededor. El terrado estaba vacío: respiraderos, conductos, tornillos oxidados que no servían de nada. Nada que pudiera arrancar con las manos. Nada que funcionara como palanca.

El sol empezó a notarse de verdad.

No era aún pleno, pero ya caía directo, sin sombras donde esconderse. El hormigón comenzaba a calentarse bajo sus botas. El sudor le corría por la espalda y le escocían los ojos. Se quitó la chaqueta y la tiró al suelo sin pensar.

El pánico volvió, más silencioso, más peligroso.

Allí arriba no había comida.

No había agua.
No había salida evidente.

Abajo, zombis.
Arriba, el sol.

Un par de horas. Quizá menos. Después, el calor lo agotaría, le vaciaría la cabeza, lo dejaría torpe. Y entonces cometería un error. Siempre era así.

—Piensa… piensa, joder… —se dijo, caminando en círculos.

Se agachó junto a otra claraboya y golpeó con el talón del bate. El sonido fue hueco, prometedor… pero el plástico aguantó. Dejó el bate apoyado en la superficie y respiró hondo, intentando ordenar la cabeza.

No estaba muerto aún.
Eso significaba que había una opción.

Levantó la vista, recorriendo el tejado con otra mirada, menos desesperada. No buscando fuerza, sino debilidad. Un punto mal fijado. Un tornillo flojo. Un borde.

Abajo, la marabunta seguía insistiendo, ciega, paciente.
Arriba, el sol subía, implacable.

Armando se secó el sudor de la frente con el dorso de la mano y se quedó quieto un segundo, obligándose a frenar el temblor.

No era cuestión de músculos.
Nunca lo había sido.

Tenía que pensar mejor que el miedo.

Y rápido.

Armando se dejó caer sentado contra un respiradero, vencido por unos segundos. Abajo, las piltrafas seguían moviéndose sin sentido, chocando unas con otras, levantándose después de caer como pollos sin cabeza. Torpes.

Inútiles. Persistentes. La imagen, vista desde arriba, tenía algo casi ridículo… si no fuera porque bastaban para matarlo.

Fue entonces cuando levantó la vista.

Más allá del borde del tejado, en el aparcamiento, distinguió algo distinto al caos habitual. Una zanja a medio terminar, abierta como una herida reciente. Señales de obras abandonadas a toda prisa. Y junto a ella, desperdigadas sin orden, varias herramientas.

El corazón le dio un vuelco.

Entrecerró los ojos.
Afinó la vista.

Un pico.
Allí.
Claro como el día.

—Joder… —susurró, con una mezcla de alivio y rabia—. ¿Cómo no lo he visto antes?

El pico era exactamente lo que necesitaba. Peso. Punta. Fuerza concentrada. Con eso, la claraboya no aguantaría mucho. La salida estaba ahí abajo… pero eso significaba volver a bajar.

Miró la escalera de incendios.
Miró la marabunta.

No era una idea. Era una condena temporal.

Empezaron a atropellarse las preguntas, bloqueándole la cabeza como coches en un cruce imposible.

¿Espero a la noche?
¿Serán más tontos cuando no vean?
¿Y si no cambia nada?
¿Y si bajan por el coche?
¿Y si me quedo aquí arriba y me seco como un lagarto?

El sol seguía subiendo.
El hormigón ardía más.
El tiempo no estaba de su parte.

Armando se levantó despacio y se acercó al borde del tejado. Observó los movimientos de abajo con atención nueva. No como presa, sino como alguien que empieza a estudiar al enemigo. Eran muchos, sí. Pero también previsibles. Se acumulaban donde había ruido, donde había movimiento. Donde él ya no estaba.

Tragó saliva.

No quería volver a bajar.
Pero tampoco quería morir allí arriba, inútil, cocido por el sol.

Se pasó la mano por la cara sudada y soltó una risa seca, breve, sin humor.

—Siempre igual… —murmuró—. Cuando toca pensar, hay que mojarse.

Miró el pico una vez más.
Luego la escalera.
Luego la horda.

Todavía no había decidido cuándo.
Pero ya sabía qué tenía que hacer.

Y eso, en aquel mundo roto, ya era un paso enorme.

Armando no era religioso.
Nunca lo había sido de verdad.

Lo habían bautizado, sí. Había hecho la primera comunión, también. Como casi todos. No por fe, sino por inercia, por familia, por país. Con los años, las oraciones se habían ido quedando atrás, enterradas bajo rutinas, vicios y una forma de vivir sin demasiadas preguntas.

Pero la desesperación tiene memoria.

Allí arriba, con el sol quemándole la nuca, rodeado de muertos que no sabían morir, rezó. No bonito. No ordenado. Rezó a gritos, mezclando padrenuestros mal recordados con reproches, con quejas, con excusas. Dijo que no era justo. Que por qué a él. Que otros eran peores. Que él, en el fondo, era buena persona.

No lo era.
Pero eso daba igual.

El cielo empezó a cambiar.

Primero fueron las nubes, llegando deprisa, bajas, cargadas. Luego la luz se volvió rara, apagada, como si alguien hubiera bajado el brillo del mundo. Y sin aviso, sin tiempo para entender nada, la tormenta estalló.

Relámpagos violentos cruzaron el cielo uno tras otro, iluminándolo todo con destellos blancos, casi festivos. El trueno cayó encima del hipermercado como un martillazo divino. El aire vibró. El ruido era ensordecedor.

Y entonces ocurrió algo inesperado.

Abajo, los no-muertos reaccionaron.

No fue huida consciente, ni miedo real. Fue confusión. El estruendo los desorientó. Empezaron a dispersarse, a moverse sin rumbo, alejándose unos de otros, perdiendo ese amontonamiento peligroso que los hacía letales. Como si el ruido hubiera roto su inercia.

Armando se quedó quieto un segundo, empapado, con la boca abierta.

—¿Un milagro…? —murmuró.

No esperó respuesta.

Corrió hacia la escalera, bajó como pudo, resbalando, golpeándose, con el agua cayéndole a plomo. El aparcamiento era un caos de lluvia y sombras, pero la zanja seguía ahí. Las herramientas también.

Agarró el pico con ambas manos.

Pesaba.
Era real.

No se quedó más tiempo del necesario. Volvió a subir, jadeando, justo cuando la tormenta empezó a retirarse tan rápido como había llegado. Los relámpagos cesaron. El cielo se abrió. El sol volvió a salir con descaro, como si nada hubiera pasado.

Y con la luz…
volvieron ellos.

Los no-muertos reaparecieron, recomponiéndose, regresando al edificio, otra vez insistentes, otra vez previsibles, otra vez peligrosos.

Armando llegó al tejado y subió el tramo de la escalera de incendios una vez más. Se dejó caer de rodillas, abrazando el pico como si fuera un trofeo absurdo.

¿Había sido un milagro?
¿O solo primavera, caprichosa como siempre?

No importaba.

La oportunidad había existido.
Y él la había aprovechado.

Abajo, el mundo seguía roto.
Arriba, Armando ya no rezaba.

Ahora tenía una herramienta.
Y empezaba a entender que sobrevivir no iba de justicia… sino de estar atento cuando el caos parpadea.

Armando golpeó la claraboya con el pico hasta que el plástico cedió por fin con un crujido seco. Empujó los restos a un lado y se dejó caer con cuidado dentro del falso techo del hipermercado. El aire cambió de inmediato: polvo viejo, aislamiento húmedo, olor a metal y a encierro.
Pisó despacio.

Demasiado despacio.

Las placas del falso techo crujían bajo su peso y Armando repartía el cuerpo como podía, apoyándose en las vigas, tanteando cada paso antes de confiarle la vida. No se le escapó la ironía: con todo lo que había pasado, estaba más ligero, más fibroso. El miedo, el esfuerzo, el hambre. La barriga mal llamada de la felicidad había empezado a encogerse sin pedir permiso. Se notaba más ágil. Más despierto. Casi rejuvenecido.

No era orgullo.

Era constatación.

Localizó el conducto de ventilación y se introdujo en él con dificultad, arrastrándose como pudo. El metal estaba frío y sucio, pero sólido. Desde allí, el hipermercado se desplegaba como un mapa invisible: ramales, cruces, salidas hacia distintos departamentos.

Avanzó despacio, conteniendo la respiración en cada movimiento.

Buscaba una trampilla. Algo que lo acercara al suelo sin matarlo en la caída. Asomó la cabeza por varias salidas: vacío. Cinco, seis metros hasta el pavimento. Demasiado. Una caída ahí abajo sería el final, incluso sin zombis.

Siguió arrastrándose.

Entonces lo vio.

En un lateral del hipermercado, separado del espacio principal, había una zona de oficinas en un altillo. Cristales opacos, escritorios volcados, archivadores abiertos. Calculó la altura: metro y medio, quizá algo más. Caída. salvable.

Sonrió apenas.

Se metió por el laberinto de conductos hasta encontrar la salida correcta. Se asomó con cuidado y miró hacia abajo. El altillo estaba en penumbra, pero no vacío.

Allí abajo había no-muertos.

Contó rápido. Diez. Quizá quince. Tal vez alguno más moviéndose al fondo. Reconoció uniformes: vigilantes de seguridad, reponedores nocturnos. Gente que había estado trabajando mientras el mundo se rompía.

Se movían despacio.

Torpes.

Pero eran muchos.

Armando retrocedió unos centímetros dentro del conducto, con el corazón golpeándole las costillas. No estaba a salvo todavía. Pero ahora tenía algo que antes no: posición. Altura. Tiempo para pensar.

Apretó el pico entre las manos.

No había entrado para morir allí dentro.

Había entrado para dominar el espacio, poco a poco.

Y por primera vez desde que todo empezó, no sintió pánico inmediato. Sintió concentración. Fría. Práctica.

El hipermercado era grande.

Los zombis eran muchos.

Pero él ya no estaba improvisando.

Ahora estaba aprendiendo.

Armando bajó del altillo con un cuidado casi obsesivo. Cada paso medido, cada apoyo pensado. El silencio allí dentro era traicionero: cualquier ruido rebotaba, se multiplicaba. No quería atraerlos antes de tiempo.

Recorrió el hipermercado despacio, pasillo a pasillo, con el bate preparado y el pico colgándole del hombro. Buscó armas. Algo pensado para matar. Algo serio. Pero no había nada. Ni pistolas, ni escopetas, ni herramientas contundentes más allá de lo básico. Aquello no era una película: era un comercio.

El cansancio empezó a pesarle.

Entonces pasó por la sección de jardinería.

Y lo vio.

Un cortacésped a gasolina, grande, robusto, de esos que no se paran fácilmente. Armando se quedó mirándolo unos segundos, incrédulo. No era un arma. Pero servía para destrozar. Y eso era suficiente.

No sabía exactamente cómo ponerlo en marcha. Nunca leía instrucciones, jamás lo había hecho. Tiró de una palanca, probó otra, dio un par de golpes secos. Tiró del arranque con rabia… nada. Volvió a intentarlo.

El motor respondió de repente, rugiendo.

El sonido llenó el hipermercado como un animal enfurecido.

No-muertos empezaron a acudir desde todos los pasillos. Lentos. Torpes. Atraídos por el ruido como insectos. Se congregaron frente a él, compactándose sin orden, empujándose unos a otros.

Armando no dudó.

Empujó el cortacésped hacia delante.

La máquina avanzó implacable. No había técnica. No había estrategia fina. Solo potencia mecánica contra cuerpos que no sabían apartarse. Uno tras otro fueron cayendo, neutralizados sin resistencia real. El motor no se detuvo. No vaciló.

Cuando todo terminó, el silencio volvió poco a poco.

Armando apagó el cortacésped. Se quedó quieto, respirando fuerte, con las manos aún vibrándole por el esfuerzo. Miró alrededor. El hipermercado estaba despejado. Vacío de movimiento.

Había entrado con miedo.

Había salido de esa prueba con control.

No sintió alegría.

No sintió culpa.

Sintió algo nuevo:

capacidad.

Armando apoyó el bate contra una estantería y se secó el sudor de la frente. Aquello había sido brutal, sí. Pero también eficaz. Y en ese mundo, la eficacia empezaba a ser una forma de inteligencia.

El hipermercado era suyo.

Por ahora.

Y Armando, sin darse cuenta del todo, acababa de cruzar otro límite.

Con el hipermercado en silencio, Armando empezó a ordenar el mundo.

No por manía, sino por instinto. El caos se combate contando cosas.

Recorrió los pasillos con calma y fue separando lo importante de lo accesorio. Toda el agua embotellada a un lado, sin excepción. Garrafas grandes, botellas pequeñas, packs enteros. Las colocó como si fueran lingotes. Luego los alimentos no perecederos: latas, conservas, legumbres secas, arroz, pasta, frutos secos, aperitivos, encurtidos. Todo junto. Todo visible.

Lo que caducaba pronto lo dejó aparte, como si no quisiera mirarlo demasiado.

Cuando el cuerpo empezó a pasarle factura, se permitió un lujo absurdo: fue a la sección de muebles. Caminó entre sofás, colchones, camas de exposición. Probó varios. Eligió uno grande, firme, sin manchas. Lo colocó contra una pared, lejos de corrientes y de accesos.

Se tumbó un momento.

Solo un momento.

Y entonces llegaron los problemas de verdad.

El primero fue evidente: los alimentos perecederos. Carne, pescado, lácteos. Todo aquello estaba condenado. Sin electricidad, las cámaras frigoríficas eran ataúdes con fecha. Pensó en consumir algo rápido, pero no tenía fuego. Ni cocina. Ni gas.

Segundo problema: las conservas. Tenía comida para meses, quizá años… pero fría. No necesitaba cocinarla para sobrevivir, lo sabía, pero su cuerpo lo iba a notar. Y su cabeza también.

Entonces lo comprobó.

Grifos secos.
Interruptores muertos.
Nada.

Ni agua corriente.
Ni electricidad.

El hipermercado era enorme, pero estaba desconectado del mundo.

Y entonces cayó en algo aún más básico.

Miró a su alrededor, a los pasillos interminables llenos de productos inútiles en ese momento, y pensó en lo inevitable. Tenía papel higiénico para varias vidas. Montañas. Palés enteros.

Pero…
¿dónde mear?
¿dónde cagar?

La idea lo golpeó con una crudeza casi cómica. No era heroica. No era épica. Era humana. Muy humana.

Caminó hasta los aseos del híper. Secos. Inodoros inútiles. Sin agua, aquello no era una solución, solo un problema acumulándose.

Se apoyó en la pared y se pasó la mano por la cara.

Había ganado un refugio.

Había ganado comida.
Había ganado tiempo.

Pero ahora tenía que aprender a vivir allí.

Como un animal inteligente.
Como alguien que no podía permitirse el lujo de no pensar en lo desagradable.

Armando suspiró despacio.

—Vale… —dijo en voz baja—. Paso a paso.

Y por primera vez desde que todo empezó, no estaba huyendo, ni luchando, ni improvisando.
Estaba organizando una vida.

Aunque fuera una vida rara.
Aunque fuera una vida sola.

Armando pensó.
Pensó mucho.

Le dio vueltas durante horas, sentado en una silla giratoria de las oficinas, mirando por la ventana que daba al aparcamiento. La altura no era despreciable. Suficiente para que lo que cayera no volviera a subir. Y entonces lo vio claro.

Los alimentos perecederos tenían que desaparecer.
Todos.

Si se pudrían dentro, estaba acabado. Moscas, larvas, infecciones. No necesitaba zombis para morir: bastaba con la basura orgánica haciendo su trabajo. Así que empezó.

Subió a las oficinas y, uno a uno, fue vaciando expositores y cámaras frigoríficas. Carne, pescado, lácteos, preparados. Todo. Lo arrastraba como podía, sudando, resoplando, y lo lanzaba por la ventana sin ceremonia. Durante días. Días enteros de trabajo mecánico, repetitivo, agotador.

Abajo, los no-muertos hicieron el resto.

Al principio fue casualidad. Luego, rutina. Cuando la comida empezó a corromperse, el olor los atraía como un imán. Se abalanzaban sobre los restos con ferocidad, devorándolo todo sin orden. Incluso se peleaban entre ellos. Armando observaba desde arriba, sin emoción, tomando nota.

Sin quererlo, le estaban ayudando.

Poco a poco, el aparcamiento quedó limpio de desperdicios. Y con ello, el riesgo. El hipermercado empezó a oler a polvo y a cerrado… pero no a muerte fresca.

Resuelto eso, volvió a lo suyo: latas frías, frutos secos, encurtidos. No era una dieta agradable, pero era estable. Aun así, comer siempre frío le minaba el ánimo. El cuerpo aguantaba, pero la cabeza protestaba.

Y entonces, durante una de esas inspecciones concienzudas que ya eran costumbre, se dio cuenta de algo.

Había una sección que había pasado por alto.

El letrero colgaba aún del techo, torcido pero legible:

UTENSILIOS PARA EL AIRE LIBRE Y ACAMPADA

Armando sonrió.
De verdad.

Allí encontró cocinas de camping, hornillos portátiles, encendedores, ollas pequeñas. Y lo más importante: botellas de gas, de todos los tamaños. Muchas. Suficientes como para años, siempre que no se volviera loco.

Las alineó con el mismo cuidado que había puesto en el agua.

Por primera vez en mucho tiempo, calentó una lata. El sonido suave del gas, el olor distinto de la comida caliente, el simple gesto de esperar a que algo se hiciera… le devolvió una sensación olvidada.

Normalidad.

No felicidad.
Pero sí vida organizada.

Armando se sentó en su cama elegida, comió despacio y pensó que, quizá, no estaba sobreviviendo solo por instinto. Quizá estaba aprendiendo algo nuevo: a administrar, a prever, a no devorarlo todo de golpe.

El mundo seguía roto.
Los no-muertos seguían ahí fuera.

Pero dentro del hipermercado, Armando ya no improvisaba.
Estaba construyendo una forma de durar.

Armando estaba orgulloso de sí mismo.
Y no poco.
Había conseguido lo impensable: crear un mundo aparte. Un islote funcional en medio del caos absoluto. Un lugar donde las cosas tenían orden, sentido y rutina. Algo que jamás había logrado ni siquiera antes de que el mundo se fuera al carajo.
Incluso había resuelto el asunto de las deposiciones.
La solución fue tan sencilla que se rio al darse cuenta. En la sección infantil encontró un orinal de esos de colores chillones, pensados para enseñar a los críos a dominar sus esfínteres. Lo colocó en una esquina discreta de la oficina, hizo lo que tenía que hacer y, cuando tocaba vaciarlo, lo llevaba a la ventana.
—¡¡Agua va!! —gritaba, con una risa breve, casi infantil.
Abajo, las piltrafas se agitaban, ajenas al sarcasmo. Armando se permitió esa broma. Era su manera de recordarse que seguía siendo humano. O algo parecido.
También resolvió el tema de la salud. Resfriados leves, molestias estomacales, alguna fiebre pasajera. La sección de parafarmacia del hipermercado era un pequeño tesoro: analgésicos, sales, jarabes, vendas. No era un hospital, pero bastaba. Todo estaba bajo control.
Se sentó en su cama elegida, caliente, con el estómago lleno y el cuerpo cansado de forma honesta. Miró a su alrededor: agua ordenada, comida racionada, gas contabilizado. Rutinas establecidas.

—¿Qué dirían los que me conocieron antes…? —murmuró—. Mírate ahora. El rey de este reino.

Y lo pensó de verdad.

Rey sin súbditos.

Rey sin leyes.

Rey de un territorio delimitado por paredes de hormigón y metal.

La sensación era embriagadora. No felicidad, pero sí control. Una calma peligrosa. Porque el mundo no había mejorado… solo se había quedado fuera.

Armando no lo sabía aún, pero ese orgullo era una grieta.

Y las grietas, tarde o temprano, se abren.

Por ahora, sin embargo, se permitió disfrutarlo.

Había sobrevivido.

Había organizado el caos.

Y se sentía invencible.

Aunque el mundo, como siempre, ya estuviera preparando la siguiente prueba.

Toda persona necesita una rutina.

Sin ella, la cabeza empieza a buscar problemas donde no los hay.

Armando lo entendió pronto.

Se levantaba temprano, sin despertador. El cuerpo ya había aprendido solo cuándo era hora de empezar el día. Lo primero, desayunar: leche, cereales y zumo de naranja en tetrabrik. Siempre igual. Siempre medido. Le daba una sensación de normalidad que agradecía más de lo que estaba dispuesto a admitir.

Después venía el ejercicio.

Tenía un departamento entero de deportes para él solo. Pesas, colchonetas, bicicletas estáticas. Hacía gimnasia con una disciplina que jamás había tenido antes. Sudaba. Respiraba fuerte. Se miraba en los espejos del pasillo y no reconocía del todo al tipo que le devolvía la mirada. Más seco. Más firme. Menos dejadez.

Luego, lectura.

Horas enteras.

Libros que nunca habría tocado. Novelas, ensayos, manuales absurdos. En otra vida se habría reído de sí mismo. Ahora le parecía un milagro. Leer le ordenaba la cabeza, le llenaba los silencios, le hacía olvidar durante un rato que estaba solo en el mundo.

El almuerzo llegaba cuando el hambre lo decidía, no el reloj. Latas calentadas con cuidado, sin prisas. Fruta en almíbar de postre, un lujo dulzón

que se permitía sin culpa. Luego una siesta breve, justa, de esas que no emborra la tarde.

Cuando hacía buen tiempo, subía al terrado. Se tumbaba al sol como un lagarto satisfecho, dejando que el calor le recorriera el cuerpo. Cerraba los ojos y, durante unos minutos, el mundo parecía casi amable.

Pero su momento favorito llegaba al atardecer.

Se sentaba en el borde del tejado, con vistas abiertas al horizonte. El cielo se incendiaba de naranjas y rojos, lento, majestuoso. En la mano, un vaso de whisky de muchos años, uno de esos caprichos que había decidido no racionar demasiado. No bebía por emborracharse, sino por celebrar estar ahí.

Miraba el ocaso en silencio.

Quién lo diría.

En medio del fin del mundo, Armando vivía una rutina casi… cómoda.

Como de vacaciones prolongadas.

Como si aquello pudiera durar.

No lo sabía aún, pero esa calma era frágil.

Y las rutinas, cuando se rompen, lo hacen siempre de golpe.

Por ahora, sin embargo, Armando levantó el vaso hacia el cielo que se apagaba.

Y brindó, solo, por un reino que parecía estable…

justo antes de que algo, tarde o temprano, reclamara su atención.

Al cabo de los días —o de las semanas, Armando ya no llevaba bien la cuenta— empezó a aburrirse.

No del hipermercado.

De sí mismo.

Tenía de todo. Agua, comida, calor, rutina. Y sin embargo, no tenía nada. Aquello empezó a parecerle una jaula de oro. Amplia, cómoda… pero jaula al fin y al cabo.

Armando seguía siendo un hombre.

No viejo.

De esa mediana edad en la que el cuerpo aún pide, aunque la cabeza ya no siempre sepa qué ofrecerle.

Y entonces apareció lo que no había sabido prever.

Las noches.

Soñaba. Sueños vivos, intensos, incómodos. Despertaba con el cuerpo reclamando algo que no existía en aquel reino ordenado. No había mujeres. No había contacto. No había piel ajena. El hipermercado estaba lleno de objetos, pero vacío de cuerpos.

Por las mañanas se despertaba tenso, frustrado, con una necesidad que no podía racionalizar ni domesticar como había hecho con el hambre o el frío. Era un suplicio silencioso, absurdo, algo que jamás habría pensado que echaría tanto de menos.

No había revistas.
No había imágenes.
No había estímulos.

Solo la mente, traicionera, insistiendo.

Empezó a pensar más de la cuenta. En cuerpos. En recuerdos. En gestos antiguos. Incluso en su mujer. En aquellas relaciones correctas, previsibles, casi mecánicas, que ahora, vistas desde la distancia, le parecían más valiosas de lo que había sabido reconocer.

No era amor lo que echaba de menos.
Era presencia.

La certeza de que había alguien más respirando cerca.
Alguien que lo mirara sin miedo.
Alguien que rompiera el eco de su propia voz.

Cubiertas las necesidades básicas, el cuerpo había pasado a otra fase. Las hormonas empezaron a desordenarlo todo, a sabotear la calma que tanto le había costado construir.

Armando se sentó una noche en la cama, con las manos apoyadas en las rodillas, mirando al vacío.

Necesitaba algo más que sobrevivir.
Necesitaba otro ser humano.

No sabía cómo.
No sabía dónde.
Pero la idea empezó a crecerle dentro, incómoda, persistente, peligrosa.

El rey de su pequeño reino descubría, demasiado tarde, que un reino sin nadie más es solo una celda bien organizada.

Y esa necesidad —más que los zombis, más que el hambre—
iba a empujarlo a moverse.

De pequeño, Armando nunca tuvo amigos imaginarios.
Siempre fue racional. Práctico. De los que se ríen de esas cosas. Pero el mundo ya no era racional, y la mente, cuando se queda sola demasiado tiempo, empieza a inventar apoyos.

Fue durante una de sus inspecciones rutinarias del hipermercado cuando la vio.

En la sección femenina de moda.

Se detuvo en seco.

—¿…?

Allí había una mujer. Quietísima. Perfecta. Vestida con una minifalda moderna, bien combinada, el cuerpo proporcionado, el gesto neutro. Armando se quedó mirando, sorprendido de no haberla visto antes. Le pareció imposible haber pasado tantas veces por allí sin reparar en ella.

No hablaba.
No se movía.

Y, curiosamente, eso no le importó en absoluto.

Le habló. Al principio con torpeza, como quien no quiere molestar. Luego con más soltura. Le contó cómo era su vida antes, cómo había acabado allí, cómo había organizado el hipermercado. Le hizo bromas. Incluso intentó un cortejo de los de antes, clásico, casi educado.

Ella escuchaba.
Siempre.

No lo interrumpía.
No lo juzgaba.
No pedía nada.

Era perfecta.

Armando empezó a pasar horas allí. Conversando. Explicando planes. Comentando el día. Agradeciendo, sin saberlo, esa presencia muda que no exigía explicaciones ni correcciones. Tenía las medidas exactas que a él le gustaban. La ropa le sentaba de maravilla. Y su silencio era… tranquilizador.

Una noche, casi sin pensarlo, le propuso que se fuera con él al dormitorio.

—Aquí estás muy sola —le dijo, medio en broma, medio en serio—. Ven conmigo.

Ella no respondió.
Armando interpretó el silencio como timidez. O pudor.

Como no se movía, decidió ayudarla. La bajó del expositor con cuidado, como si temiera hacerle daño. No hubo reproches. No hubo resistencia. La llevó hasta su dormitorio improvisado y la colocó allí, sentada, acompañándolo.

Por primera vez en mucho tiempo, Armando no se sintió solo.

Había encontrado su Eva.
No real.
No viva.
Pero suficiente para su mente cansada.

Mejor incluso que la real, pensó sin darse cuenta: no discutía, no exigía, no se cansaba de escuchar. No le recordaba quién había sido.

El rey de su pequeño reino acababa de dar un paso delicado.
No hacia afuera.
Sino hacia dentro.

Y ese tipo de pasos, aunque silenciosos, siempre tienen consecuencias.

La felicidad perfecta no existe.
Y Armando, aunque no lo supiera formular, ya estaba más allá del equilibrio.

La mudez de su Eva —que al principio había sido consuelo— empezó a volverse sospecha. El silencio ya no era paz, era vacío. La indiferencia dejó de parecer virtud y se transformó en afrenta. Armando le hablaba y no obtenía respuesta. Le preguntaba y no había gesto. Nada.

—¿Por qué no dices nada? —le soltó una noche, con la voz cargada—. ¿Es que hay otro?

La pregunta rebotó en las paredes como una mala idea que se niega a desaparecer.

La desconfianza prendió rápido. Celos sin objeto, rabia sin causa. En un arrebato, le gritó que lo encontraría. Que no lo dudara. Que no había rincón en su reino donde pudiera esconderse.

Y salió.

Recorrió el hipermercado como un animal en celo, abriendo puertas, revisando pasillos, volcando percheros. La paranoia le guiaba los pasos. Cada sombra era una prueba. Cada silencio, una confesión.

Hasta que lo vio.

En la sección de moda para hombres.

Allí estaba él.
Erguido.
Impertérrito.
Con la misma indiferencia insultante que Eva.

—Traidor —le escupió Armando a la cara de plástico—. Encima no dices nada. ¡Defiéndete si eres hombre!

La rabia encontró salida. Una patada. Luego otra. Puñetazos torpes, descargados contra un cuerpo que no reaccionaba. El maniquí cayó al suelo, medio destrozado, una pierna torcida, la cabeza separada del torso.

Armando respiraba a trompicones.

Lo agarró como pudo y, arrastrándolo por el suelo, lo llevó hasta el dormitorio. Lo lanzó frente a Eva, descompuesto, humillado.

—Toma, traidora —dijo con una risa amarga—. Aquí lo tienes. Disfrútalo.

No esperó respuesta.

Se fue dando patadas a todo lo que encontraba a su paso. Sillas, cajas, estanterías. El reino ordenado empezó a deshacerse bajo sus propias manos. El ruido resonó largo rato, como si el hipermercado entero tomara nota.

Cuando el eco se apagó, quedó el silencio.
Un silencio distinto. Más frío.

Armando se detuvo en mitad de un pasillo, jadeando, con las manos temblorosas. No había traidor. No había rival. No había nadie.

Solo él.

Y por primera vez desde que se proclamó rey, el reino le devolvió una verdad incómoda:
la jaula no estaba hecha de paredes… sino de su cabeza.

Armando no digirió la traición.
Ni siquiera entendió qué había pasado realmente. Solo sintió el golpe.

Empezó con el alcohol. Botella tras botella. No por celebración, sino por olvido. Cuando el licor se acabó, pasó a la farmacia y a la perfumería. Cualquier cosa que prometiera apagar la cabeza, aunque fuera un rato. El rey había abdicado sin anunciarlo.

La rutina se deshizo en días.

El hipermercado, antes ordenado, se convirtió en un vertedero. Armando ya no distinguía espacios. Comía donde le apetecía. Bebía donde caía. Defecaba sin pensar, sin limpiar, sin pudor. Se volvió peor que los no-muertos, porque al menos ellos no sabían lo que hacían.

Los insectos llegaron primero.
Luego los roedores.

Se movían con libertad por lo que había sido su reino. Ratas atrevidas, cucarachas en procesión, moscas reclamando territorio. El lugar empezó a oler a abandono, a algo vivo que se pudre por dentro.

Armando evitaba pasar por la zona donde había dejado a los “tortolitos”. No podía. Desde lejos, los miraba a veces. Allí seguían, juntos, uno sobre otro, inmóviles, eternos. La escena se le clavaba en la cabeza como una burla. Cerraba los ojos y se iba, mascullando insultos que no servían de nada.

Las noches eran lo peor.

Con la mente embotada por el alcohol y las pastillas, cualquier ruido se convertía en amenaza. Un rasguño era un paso. Un crujido, una respiración. Veía sombras que se estiraban, figuras grotescas que se deslizaban entre los pasillos. Estaba seguro de que venían a por él, de que querían sacarlo fuera y ofrecerlo como comida a los no-muertos.

Se escondía.
Temblaba.
Sudaba frío.

El hombre que había organizado el caos ahora era rehén de su propia cabeza. El hipermercado, enorme, se había vuelto demasiado grande para un solo hombre roto. Y cada noche confirmaba lo mismo: no había peligro mayor que quedarse a solas con uno mismo demasiado tiempo.

Armando había sobrevivido al mundo.
Pero estaba perdiendo la batalla por dentro.

Cuando Armando agotó el alcohol, algo terminó de romperse.

La cabeza, ya erosionada, se quedó sin anestesia. La rabia subió limpia, sin filtros. La vieja lógica torcida —esa que siempre había tenido, pero que antes disimulaba— tomó el mando. No pensó. Actuó.

Fue a la cama donde la traidora y su amante seguían inmóviles, eternos en su burla. Los agarró del pelo con una fuerza que no sabía que aún tenía y los arrastró escaleras arriba. El golpe seco de los cuerpos contra los escalones marcaba el ritmo de su respiración, descompasada, salvaje.

Llegó a la ventana de la oficina. Abajo, el aparcamiento era un hervidero de sombras. Armando abrió los brazos y gritó con todo el pecho, como si convocara un juicio final:

—¡¡Aquí tenéis carnaza!!

Las piltrafas acudieron. Primero unas pocas. Luego más. Un murmullo que se volvió masa.

Armando lanzó a la pareja.

Abajo, la multitud se abalanzó por inercia. Durante un instante, los cuerpos no olían, no existían para ellos. Pero en la cabeza de Armando ocurrió lo contrario: los vio desaparecer en un parpadeo. Para él, el acto fue completo. Definitivo. Justo.

Saltaba. Reía. Aplaudía.
Como un niño con zapatos nuevos.

Se regodeó en su venganza, satisfecho, convencido de haber restaurado un orden absurdo que solo existía en su mente. Luego, agotado, volvió a su dormitorio y se dejó caer en la cama, esa cama “recobrada”, con una sonrisa torpe en la cara.

El hipermercado quedó en silencio.

No hubo triunfo.
No hubo alivio real.

Solo un hombre tumbado, vacío, en un reino que ya no reconocía como suyo. Afuera, el mundo seguía igual de roto. Adentro, Armando había cruzado una línea que no sabía cómo desandar.

Y mientras cerraba los ojos, convencido de haber ganado algo, el hipermercado —testigo mudo— guardó el eco de una verdad incómoda:
la venganza no cura la soledad; solo la hace más ruidosa.

Las noches siguientes fueron breves.
Armando dormía poco y mal, siempre atrapado en la misma pesadilla.

Un ser le llamaba.
No con palabras.
Directamente a la mente.

Le decía que lo amaba. Que se dejara atrapar. Que afuera estaba la salvación. No abría la boca, no gesticulaba. Simplemente estaba, invadiéndole los pensamientos con una calma insoportable.

Una de esas noches despertó empapado en sudor. La fiebre le nublaba la vista, el humor lo tenía hecho trizas, el cuerpo tenso como un cable a punto de romperse. No pensó. Subió a la azotea casi a trompicones.

Y gritó.

Gritó con rabia, con cansancio, con todo lo que había acumulado dentro. Gritó hasta quedarse afónico. Abajo, la respuesta fue inmediata: un rugido ensordecedor de la muchedumbre de no-muertos, como un mar embravecido chocando contra un acantilado.

Entonces ocurrió algo extraño.

De repente, todos callaron.

El silencio cayó de golpe, antinatural. La masa empezó a abrirse, ordenadamente, formando un pasillo. Armando se quedó paralizado. Algo venía. Y no era como los demás.

Entre ellos apareció el ser.

Luminoso.
Con los brazos abiertos.
Invitándolo.

Armando sintió un vuelco en el estómago. Era él. El mismo de sus pesadillas. El que le hablaba sin voz. El que prometía descanso. Salvación. Final.

No podía creerlo… pero tampoco podía negarlo.

Harto.
Cansado.
Vacío.

Se desnudó por completo, como si se deshiciera de todo lo que había sido. Tomó el bate de béisbol y bajó por la escalera de incendios gritando como un poseso. Repartió golpes a todo no-muerto que se le cruzó. No pensaba. No calculaba. Avanzaba.

Cuando llegó frente al ser luminoso, levantó el bate.

Y no pudo golpear.

Algo lo detuvo.
No fue fuerza.
Fue la mirada.

Los ojos eran enormes. Demasiado. Profundos como un pozo sin fondo. Armando sintió que el mundo se apagaba alrededor. Ya no escuchaba nada. Ya no sentía el cuerpo.

Solo veía esos ojos.

Y se hundió en ellos.

Final Alternativo I — El umbral

Cuando Armando se hundió en aquellos ojos enormes, el mundo no explotó ni se apagó del todo. Se ordenó.

El ruido desapareció primero. Luego el olor. Después el miedo. El bate cayó de sus manos, no porque lo soltara, sino porque ya no lo necesitaba. Los no-muertos se disolvieron como sombras mal dibujadas. El hipermercado, la jaula, el reino… todo empezó a alejarse.

Entonces lo entendió.

No había zombis.
Nunca los hubo.

Lo que Armando había vivido era una experiencia cercana a la muerte. Un corazón agotado que dijo basta. Un colapso brutal que lo lanzó a ese lugar sin reglas donde la mente mezcla culpa, deseo, miedo y memoria.

Los no-muertos…
habían sido los cirujanos, las enfermeras, las manos que entraban en su cuerpo para salvarlo.
El hipermercado…
un refugio construido por su mente para no aceptar la fragilidad.
La Eva muda…
la soledad, el deseo, la incapacidad de amar sin poseer.
El reino…
el control que nunca tuvo en la vida real.

Y el ser luminoso…

No era un enemigo.
Nunca lo fue.

Era el guardián del umbral.

Por eso no pudo golpearlo.
Por eso el bate no obedeció.
Por eso aquellos ojos no devolvían odio, sino una calma imposible.

—No es tu momento —dijo la voz, ya no dentro de su cabeza, sino en todas partes—. Pero has visto lo que tenías que ver.

Armando quiso hablar, pedir perdón, justificarse. No pudo. No hacía falta.

—Vuelve —continuó la voz—. Aprende. Vive distinto. No todos regresan con la oportunidad de recordar.

Los ojos se cerraron.

Y Armando cayó… hacia arriba.

Despertó en una cama blanca, rodeado de máquinas, tubos y luces frías. Una enfermera gritó su nombre. Un médico pidió calma. Alguien lloraba de alivio.

Armando respiró.
Dolía.
Pero respiró.

Miró sus manos. Temblaban. Estaban vivas.

No habló de zombis.
No habló de reinos.
No habló de Eva.

Pero algo había cambiado.

Porque mientras lo llevaban de vuelta al mundo, Armando supo una cosa con certeza absoluta:

Había estado al otro lado.
Y no quería volver a ser el mismo hombre que llegó allí.
Fin.

Final Alternativo II — El Heredero

No hubo revelación.
No hubo despertar.

El mundo sí había terminado.

En algún punto —nadie supo decir cuándo— una sustancia escapó de un laboratorio. No fue castigo divino ni conspiración épica: fue un error humano más. Invisible. Silencioso. Letal para el organismo humano. La civilización cayó sin comprender qué estaba pasando.

Y Armando… fue el único que aguantó.

Por fuerza.
Por azar.
O porque el mundo necesitaba un testigo.

Los no-muertos existían. El hipermercado, la supervivencia, la locura, la jaula de oro… todo había sido real. No una metáfora. No un sueño. Una prueba prolongada que había ido despojándolo de capas hasta dejar solo lo esencial.

Cuando bajó por la escalera, desnudo, gritando, repartiendo golpes, no buscaba vencer. Buscaba terminar.

El ser luminoso no se apartó.

Cuando Armando estuvo lo bastante cerca, la luz se apagó de golpe. El abrazo prometido se convirtió en mordida. No hubo dolor exagerado, solo una presión firme, definitiva. Algo entró en su sangre. Algo antiguo. Algo nuevo.

Cayó de rodillas.

El mundo no desapareció.
Se reorganizó.

Los no-muertos se acercaron. Lo rodearon. Olieron su piel. Esperaron. Luego se apartaron, uno a uno. Armando se levantó despacio. El hambre seguía ahí… pero era distinta. Más tranquila. Más clara.

Ya no era humano.

Entonces llegaron las voces.

No desde fuera.
Desde dentro.

—Bienvenido, hermano.
—Bienvenido, vecino.
—Bienvenido, hijo.

No eran órdenes.
Eran reconocimiento.

Armando comprendió algo que ningún humano había llegado a entender: los no-muertos no eran caos. Eran continuidad. Una forma nueva de estar en el mundo. Sin culpa. Sin deseo. Sin mentira.

La soledad había terminado.

Miró el hipermercado, su reino perdido, ahora irrelevante. Miró el cielo, ya sin preguntas. El antiguo Armando —machista, torpe, necesitado— se disolvió como un recuerdo incómodo.

Había sobrevivido a la humanidad.
Y ahora pertenecía a lo que venía después.

No como rey.
No como salvador.

Sino como uno más.

Y mientras caminaba hacia la masa silenciosa que lo esperaba, Armando sintió por primera vez algo parecido a la paz.

El mundo no necesitaba hombres mejores.

Necesitaba
dejar de ser
humano.

Fin

Final Alternativo III — El espejo

Armando no se fundió con los ojos.

Los ojos se fundieron con él.

Cuando el mundo volvió a encenderse, no estaba rodeado de luz ni de sombras. Estaba solo, de pie, en el aparcamiento vacío. No había no-muertos. No había pasillo. No había ser luminoso. El hipermercado seguía allí, inmenso, silencioso, intacto.

El bate yacía en el suelo.

Abajo no quedaba nadie.

Armando miró sus manos.
Eran normales.
Humanas.
Temblaban.

Pensó que todo había terminado. Que había vencido algo. O que había perdido. No supo decir qué. Subió de nuevo, despacio, como quien regresa a una casa después de un entierro.

Dentro, el hipermercado estaba limpio.

No ordenado: limpio.
Como si nunca hubiera sido habitado.

No había ratas.
No había insectos.
No había restos.

Y entonces los vio.

En las secciones, inmóviles, alineados, perfectos.

Los maniquíes.

Cientos de ellos.

Hombres.
Mujeres.
Niños.

Todos vestidos.
Todos mirando al frente.
Todos… iguales.

Armando avanzó entre ellos con una sensación conocida. No de miedo. De reconocimiento. Se acercó a uno. Lo miró a los ojos de plástico. Vio algo raro en su reflejo.

No fue inmediato.
Pero fue claro.

El maniquí… se parecía a él.

No exactamente.
Pero demasiado.

Retrocedió. Miró a otro. Y a otro. Cambiaban detalles: edad, postura, expresión. Pero todos compartían algo. Algo suyo. Gestos. Formas. Maneras de estar quietos.

Entonces lo entendió.

No había sido el último hombre.
Había sido el proceso.

El mundo no había muerto.
Había decidido detenerse.

La sustancia.

El laboratorio.
El Apocalipsis.

Todo había sido real, sí.
Pero no para destruir.

Para detener el movimiento, el deseo, la violencia, la necesidad constante de poseer, consumir, dominar.

Los no-muertos no eran monstruos.
Eran humanos en pausa.

Y él…

Él había sido observado.

Probado.

Llevado al límite de sí mismo.

Una voz —no externa, no interna— se manifestó como una certeza:

No eras especial por ser bueno.
Eras útil por ser imperfecto.

Armando cayó de rodillas.

Comprendió que el mundo no quería salvadores.
Quería estabilidad.

Los maniquíes no sufrían.
No deseaban.
No dañaban.

Eran el nuevo estado final.

Armando sintió cómo el cansancio de toda una vida se le acumulaba en los huesos. No luchó. No gritó. No suplicó. Se levantó despacio y caminó hasta la sección de moda masculina.

Encontró un expositor vacío.

Se colocó allí.

El cuerpo empezó a endurecerse.
El pensamiento a ralentizarse.
La rabia a desaparecer.

Antes de quedarse quieto para siempre, Armando tuvo un último pensamiento, claro y nítido:

No había sido castigado.
Había sido archivado.

El hipermercado quedó en silencio.

Y el mundo, por fin,
dejó de moverse.

Fin